

ENTREVISTA

INSURGENTES

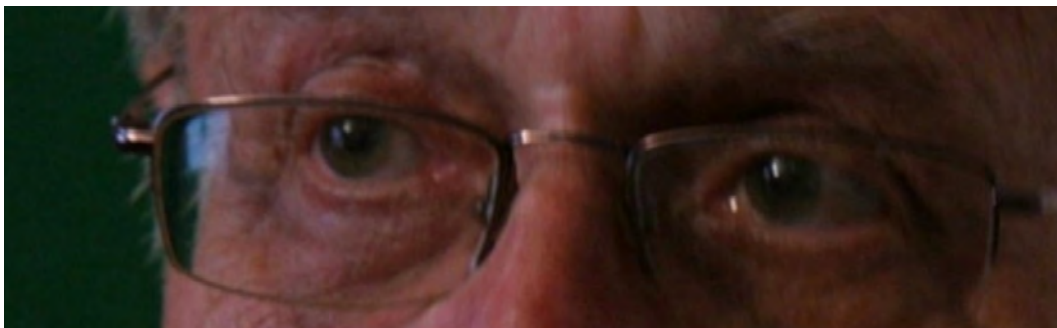


ENTREVISTA

Insurgentes

Foto: Profesor Esteban Emilio Mosonyi (año 2019), de Wendy Homsani.

Foto pág. 231 y 241: Cortesía de Cano, del blog Clorofilazul: <https://clorofilazul.blogspot.com/2010/06/esteban-emilio-mosonyi-en-respuesta-al.html>.



ENTREVISTA

ENTREVISTA A ESTEBAN EMILIO MOSONYI: POR UNA INTERCULTURALIDAD DIALOGANTE EN LAS ANTROPOLOGÍAS DEL SUR

INTERVIEW WITH ESTEBAN EMILIO MOSONYI: TOWARDS A DIALOGICAL INTERCULTURALITY OF THE ANTHROPOLOGIES OF THE SOUTH



MAZZOLDI, MAYA ¹

Concepción y redacción de la entrevista

Con la colaboración de: Rosa Iraima Sulbarán²

Fecha de realización: 01/03/2018.

¹ Antropóloga independiente, formada en pregrado en la Universidad Nacional de Colombia y en la maestría en Antropología Social de la Universidad Federal de Santa Catarina, Brasil. Es doctoranda en Antropología, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela. Correo electrónico: mayamazoldidiaz@yahoo.com.

² Profesora de la Universidad Nacional Experimental de las Artes (UNEARTE), mención Tradición y Contexto (Etnomusicología latinoamericana), e investigadora en el Área de Investigación de Artes Tradicionales, Mérida, Venezuela. Correos electrónicos: rosasulbaran@unearte.edu.ve, iraimasulbaran89@gmail.com.

La trayectoria del antropólogo y profesor Esteban Emilio Mosonyi nos muestra cómo sus esfuerzos en los campos de la lingüística, la antropología, el indigenismo y las políticas culturales han abierto un camino de relación fraterna entre las culturas, impulsado por el reconocimiento de la sociodiversidad, el pluralismo cultural y lingüístico, el diálogo intercultural y la búsqueda de un equilibrio sostenible entre las sociedades humanas.

De origen húngaro, la familia Mosonyi se embarca en Austria con destino hacia Venezuela en el período posterior a la segunda guerra mundial y tras los acontecimientos de la revolución húngara de 1956 en contra de las políticas impuestas por Stalin. Al lado de su hermano Jorge Carlos Mosonyi, la antropología y la etnolingüística se convierten en su profesión de vocación.

Esteban Mosonyi es hablante y estudioso de más de veintiocho idiomas, entre otras, las lenguas originarias warao, wayuu, baniva, pumé, tupí-guaraní, warekena, guahibo, kuiva, kurripako, piapoco, pemón y yanomami. Se ha desempeñado tanto como profesor titular de Lingüística y Antropología, así como de Lenguas Indígenas en la Escuela de Letras. También ha asumido los cargos de jefe de cátedra de Lingüística en la Escuela de Antropología y de director de la Escuela de Sociología y Antropología, en la Universidad Central de Venezuela (UCV).

Ha trabajado, además, en el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales “Rodolfo Quintero”, de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCV, y como asesor de Monte Ávila Editores en la publicación de cuentos indígenas. También colabora con el Centro de la Diversidad del Ministerio del Poder Popular para la Cultura y la Dirección Intercultural del Ministerio del Poder Popular para la Educación. Actualmente elabora programas de revitalización lingüística del añú, mapoyo, yavitero y baniva, lenguas originarias que se encuentran en vía de extinción.



Es autor de una cuantiosa lista de investigaciones y publicaciones entre las que se encuentran: *Identidad Nacional y Culturas populares* (1° edición 1982, Ed. La Enseñanza Viva; 2° edición 2012, Fundarte), *Situación de las lenguas indígenas de Venezuela* (en coautoría con Arelis Barbella y Silvana Caula, 2003, Casa de las Letras-Casa Bello), *Manual de lenguas indígenas de Venezuela* (en coautoría con su hermano Jorge Mosonyi, 2000, Fundación Bigott, 3 Vols.), *El indígena venezolano en pos de su liberación definitiva* (1° edición 1975, UCV; 2° edición 2011, Ed. El Perro y la rana),³ *Los yaruros de Guachara: ensayo de planificación indigenista integral* (1966, UCV) y *Morfología del verbo yaruro: estudio de los sufijos personales* (1966, UCV).

Vayamos entonces a este encuentro que desde el primer interrogante nos obliga a buscar entender las fuerzas tensionadas en Venezuela durante las primeras décadas de enseñanza de la antropología como disciplina académica y práctica hasta nuestros días:

Considera usted que sería importante realizar una investigación en torno a las corrientes de la antropología aplicada en Venezuela? ¿Podríamos emprender esta cartografía siguiendo su trayectoria como estudiante, como investigador y como profesor de antropología?

De acuerdo con mi experiencia, la de otros colegas y estudiantes de la Escuela de Sociología y Antropología Cultural, fundada en la Universidad Central de Venezuela (UCV), hasta el presente todavía hay resabios de los primeros tiempos. La ideología de cada profesor es muy variable, incluso se mezclan las tendencias, así es que desde esa perspectiva trazar una genealogía de las corrien-

³ La segunda edición del libro *El indígena venezolano en pos de su liberación definitiva* se puede descargar gratuitamente en: <http://www.elperroylarana.gob.ve/el-indigena-venezolano-en-pos-de-su-liberacion-definitiva/>.



tes de pensamiento en la academia venezolana de antropología quizás implicaría tener que separar las obras creadas entre un determinado período y otro.

Dentro de esa complejidad, en mi época de estudiante había dos tendencias muy marcadas en la Escuela de Antropología y Sociología de la UCV. La tendencia funcionalista⁴ que provenía de la Universidad de Wisconsin⁵ (1953) y era

⁴ Los profesores norteamericanos enseñarían la disciplina en la forma en que se consolidaba para esa época en Estados Unidos: la escuela del particularismo histórico creada por Franz Boas (1858-1942). Véase:

Jacqueline Clarac de Briceño, "Estatutos y características cognitivas de la antropología en Venezuela," *Alteridades*, vol. 3, no. 6 (1993): 17-26. <https://alteridades.izt.uam.mx/index.php/Alte/article/view/608>.

Javier B. Seoane C., "Una sociología dialógica y crítica," *Espacio abierto: cuaderno venezolano de sociología*, vol. 25, no. 3 (2016): 23-36. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5759114>

⁵ Para contextualizar este episodio: bajo la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez se impuso en la UCV el llamado "Gobierno de la Reforma" que acuerda realizar un convenio de cooperación con la Universidad de Wisconsin, de Estados Unidos, para recibir la ayuda de profesores universitarios a fin de "mejorar las técnicas y los métodos de enseñanza e investigación. En 1951 el profesor George W. Hill, de la Universidad de Wisconsin, propone la creación del Departamento de Sociología y Antropología Cultural (Cfr. <http://www.ucv.ve/organizacion/facultad/faces/acerca-de-la-facultad/organigrama/escuelas/escuela-de-sociologia.html>), ignorando la existencia previa del Instituto de Antropología e Historia fundado (en 1949) por Miguel Acosta Saignes, primer etnólogo venezolano graduado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en México (véase Javier B. Seoane, "Una sociología dialógica y crítica"). La primera promoción de ese departamento inició en 1953 con un grupo de profesores extranjeros y venezolanos: el sociólogo rural George W. Hill; los sociólogos James Silverberg y Norman Painter, de la Universidad de Wisconsin; Thomas Norris, sociólogo de la Universidad de Michigan; Antonio Requena, médico y arqueólogo venezolano; José María Cruixent, arqueólogo catalán; Miguel Acosta Saignes, etnólogo venezolano; Adelaida González Díaz de Hungría (española, pionera de la antropología física y biológica en Venezuela), entre otros y otras.



marcadamente norteamericana, leíamos a Melville Jean Herskovits, a Robert Lowie, a Robert Redfield; había mucho énfasis en la supremacía de occidente.

Con la caída de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez (en 1958) eso cambió, sin embargo, la contraparte tenía sus fallas, me refiero al “socialismo real”, allí había profesores como Rodolfo Quintero, Miguel Acosta Saignes, que eran muy buenos pero bastante dogmáticos también. Varios de nosotros estábamos insatisfechos con las teorías de unos y de otros. De manera que nos vimos atrapados entre dos dogmas: el funcionalismo y el marxismo. En ese entonces la gente no era muy analítica, así es que todos los interrogantes se reducían a dos sobrenombres: ¿eres funcionalista o eres marxista? Sin embargo, ambos paradigmas vienen del norte aunque de orígenes distintos.

Allí empezó mi curiosidad por explorar otras vías; me desperté ante la posibilidad de hacer fructificar ese dilema para aportar de una manera definitiva. A partir del sesenta, justamente cuando me estaba graduando fui a visitar a los Pumé y me dispuse a leer los trabajos de Acosta Saignes. Yo lo respeto mucho como autor, ya que contribuyó de manera increíble con elementos fundacionales para lo que somos como antropólogos sureños. El mismo Rodolfo Quintero también es fundacional, a pesar de que en una intervención haya dicho que “a los indígenas hay que asimilarlos porque no son venezolanos”.

En los años sesenta me impactó mucho lograr una filiación entre consejos mundiales e indígenas, también me interesé por la filiación entre el XXXVIII Congreso Internacional de Americanistas que se hizo en Stuttgart-Munich (Alemania) y la Colonia Tovar, una comunidad alemana asentada en las montañas alrededor de Caracas... Por ello puedo decir que hablar de sur y norte es muy simple porque en realidad hay enclaves del norte en el sur. A raíz de esto, al final de los años sesenta, publiqué mis primeros trabajos sobre “intercultu-



ralidad” siendo reconocido como uno de los fundadores del concepto de “interculturalidad”. Desde entonces he seguido refinando esta categoría, agregándole cosas y complementándola con otros conceptos. Digamos que el concepto de “interculturalidad” no incluía la parte social, económica, política y de esa forma no abarcaba todos los aspectos. Ahora, si queremos pensar un proyecto de país debe ser intercultural porque, si nos ceñimos a la vertiente occidental (norteña) de la interculturalidad, continuaríamos en el mismo coloniaje del cual queremos escapar.

Usted identifica varios hitos en la historia nacional a través de los cuales el reconocimiento y la lucha por los derechos indígenas se entrelaza con el advenimiento y la consolidación de las antropologías del sur.

Sí, diría que podemos definir varios cortes: el primero es en los años sesenta, cuando empiezan las luchas por los derechos indígenas, sea por parte de antropólogos, quienes éramos y somos sus aliados, como de los mismos pueblos indígenas. Nosotros empezábamos esos años desesperados porque al menos nuestros proyectos, la autogestión indígena, el valor de las culturas indígenas y los movimientos sociales indígenas fuesen reconocidos. Tuvimos que escuchar las bromas que decían sobre nosotros colegas funcionalistas, gente de derecha, gente de izquierda marxista, estudiantes: “Bueno, ¿que tú quieres? ¡Impedir que se extingan esas tribus!”, nos decían. Afortunadamente eso ya es página cerrada.

Otro corte que marca el camino de las antropologías del sur en Venezuela ocurre en el inicio de lo que iba a ser la revolución chavista, en la década de los años ochenta a noventa. Por necesidad y también por madurez de la gente, tanto de profesores como de estudiantes, unos diez o quince años antes (1983-



1988) de que Hugo Chávez iniciara su movimiento, la gente se había cansado de las dicotomías del pensamiento simple. Poco a poco fuimos adoptando, apropiándonos del pensamiento complejo, porque hasta hablando en broma la gente decía: “Hasta el pensamiento complejo hay que complejizarlo”, y tenían razón, no puede ser toda la vida Morin y puro Morin. Sin embargo, en ese entonces, en lugar de ejercitarse ese pensamiento complejo se exhibía como un discurso más: “yo leí tal cosa de Morin”, “escribió esto, escribió lo otro...”, etc.; no obstante, la teoría del pensamiento complejo se transformaba en una trampa, el “complejismo” en la que caías atrapado, sin ver que es un remate colonial... Habría que tener cuidado con todo eso.

Fue fundamental contar con la capacidad, la disposición y la entrega del presidente Hugo Chávez para reafirmar la integración de los derechos indígenas en nuestra Carta Constitucional de 1999. Durante ese primer período del chavismo se formaron organizaciones indígenas maravillosas y el gobierno las apoyó, hubo errores pero ese vínculo se mantuvo vigente entre 2005 y 2010. Lamentablemente, después de ese primer período esa relación entró en franca decadencia, aún en presencia de Chávez y con Nicolás Maduro eso se acentuó, aunque las raíces de esa política persisten, no las han podido extirpar.

Por cierto el proyecto en el que trabajamos actualmente cuenta con cierto apoyo institucional, mínimo, pero es un financiamiento, un apoyo del gobierno para que hagamos algunas cosas de revitalización lingüística y otra serie de aspectos de las culturas indígenas... Eso se está retomando.

El último corte inicia en el año 2010, como una especie de confusión, en medio al decaimiento que dura hasta el momento. Con la partida de Chávez se sumaron las reacciones tanto de derecha como de izquierda frente al “madurismo”. Por todo esto, este corte fulminante en la segunda década del siglo XXI



marca otra etapa en la historia de las antropologías del sur, sin que eso signifique que vamos a romper con los códigos del norte, siempre vamos a colaborar, todos somos antropólogos, pero algunos tenemos vías específicas y eso solo lo podemos hacer a partir de indagaciones en nuestras problemáticas.

¿A qué se debería este corte más radical?

Gradualmente se ha ido marcando una diferencia desde la primera generación de antropólogos formados en Venezuela. Los autores latinoamericanos empezaron a ser menos tímidos, fueron ganando espacio, reflexionando, perdiendo el miedo escénico. Los primeros cambios fueron de tipo metodológico, más que todo en las aguas superficiales, y después se fue profundizando hasta desembocar en el cambio teórico-epistemológico que es este último lo que sucede.

Primero, un cambio más fácil porque la metodología es el cómo se hacen las cosas. Ese cambio termina provocando una ruptura mayor pero todavía encajada en lo que sigue, siendo la antropología como disciplina de las ciencias sociales. Incluso, la disciplina que se fue definiendo muchas veces, era igual o más antropología que la del norte. Me disculpan la falta de modestia, pero considero que en ocasiones estamos un poquito más avanzados en algunas cuestiones mientras que en otras no, por supuesto.

Las antropologías del sur están surgiendo no solamente para marcar una independencia y menos para marcar distancia, sino para producir, para crear algo nuevo que se trate no necesariamente de una antropología competitiva, sino como un complemento indispensable, necesario.

Teniendo en cuenta esto, creo que a partir del año 2015 hemos dejado el miedo a un lado, por lo menos sé que mi persona y otras personas que conozco



nos atrevemos a desafiar cualquier cuestión, ciertamente sin apartarnos de lo que es la racionalidad, aunque la interpretamos a nuestra manera. Seguimos siendo racionales, pero no nos conformamos con la racionalidad cartesiana porque también están los sentimientos, la parte subjetiva cuenta muchísimo. Sin eso, la racionalidad sola no conduce sino a actitudes autoritarias, un fascismo, por decirlo de alguna forma.

Entonces sí creo que somos diferentes, que queremos ser diferentes, pero con una diferencia que cabe perfectamente con aquella doctrina de la diversidad aprobada por la UNESCO. Una vez que la diversidad ha alcanzado niveles constitucionales, gubernamentales, hay que tomarle la palabra al respecto a Maduro; después él vuelve a ignorar esas diferencias cuando repite que este es un país “mestizo”.

¿Considera usted que la antropología que se aprende en las universidades y posgrados latinoamericanos es distinta a la antropología transmitida en las instituciones, escuelas, universidades y posgrados europeos y norteamericanos?

Sí, tenemos el mérito de hacer una antropología complementaria. Incluso pienso que nuestros colegas del norte deberían estar agradecidos de que los estamos liberando de un marasmo, en lo personal me asfixian algunas experiencias posmodernas norteamericanas, británicas, etc. Lo que observo es un cambio “octogenario”, una mezcla entre antropología con filosofía, antropología con literatura, antropología con derecho, pero no veo mayor esfuerzo más allá de cierto escarceo intelectual o intelectualoide. No veo mayor cambio entre los temas de fondo y los males que verdaderamente nos aquejan. Mucho más ahora cuando el planeta está prácticamente moribundo y tenemos que luchar por nuestra propia sobrevivencia, la de nuestros países y la del planeta. Así es



que hasta los amigos del norte debían quedar muy pero muy agradecidos y no limitarse a establecer fundaciones que a veces ofrecen una financiación para proyectos, pero con recursos a “cuenta gotas” y a cambio de someternos y sujetarnos a sus principios.

Su pensamiento crítico, ¿se debe a la formación de conciencia en toda una nueva generación de profesionales o a las urgencias y transformaciones en el contexto sociopolítico nacional? ¿Que impulsa a Esteban Mosonyi a crear sus propias teorías y prácticas antropológicas?

Fueron bastantes experiencias, primero con los Pumé, después con los Wayuu, los Warao, los Baniwa, en el Amazonas, parte de Bolívar, Anzoátegui con los Kariña. Prácticamente entre los años sesenta y setenta empecé a recorrer el país organizando a los indígenas. Es curioso, pero ahí el partido COPEI, que tuvo su izquierda cristiana, implantó programas indígenas parecidos a los que hoy en día hace la izquierda. Por eso digo que es muy complejo hacer una división tajante entre derecha e izquierda. Y hay que decir, incluso, entre los social-cristianos, a los cuales yo nunca pertencí, pues un poco tengo la virtud o el vicio de ser políticamente independiente, sea del partido que sea. Por eso respeté esa tendencia social-cristiana aun cuando a veces me encontré con marxistas dogmáticos dentro de esa izquierda cristiana.

En ese momento recorrimos el país dando mítines políticos, horas y horas con los Warao en la región del Delta Amacuro y Monagas. ¿Qué antropólogo no te hace eso? Así aterrizando en un territorio, iba de una comunidad a la otra repartiendo mensajitos “políticos” pero respetuosos, de esa forma aprendí que si uno no respeta todos los pormenores, todos los tabúes, todas las características de una cultura, pues realmente el mensaje político es contraproducente.





Puedo decir que hablar de sur y norte es muy simple porque en realidad hay enclaves del norte en el sur. A raíz de esto, al final de los años sesenta, publiqué mis primeros trabajos sobre «interculturalidad» siendo reconocido como uno de los fundadores del concepto de «interculturalidad»... Desde entonces he seguido refinando esta categoría, agregándole cosas y complementándola con otros conceptos [...] si queremos pensar un proyecto de país debe ser intercultural porque, si nos ceñimos a la vertiente occidental (norteña) de la interculturalidad, continuaríamos en el mismo coloniaje del cual queremos escapar.



Las antropologías del sur están surgiendo no solamente para marcar una independencia y menos para marcar distancia, sino para producir, para crear algo nuevo que se trate no necesariamente de una antropología competitiva, sino como un complemento indispensable, necesario.

Foto cortesía del periódico El Libertario, del blog: <http://periodicoellibertario.blogspot.com/2014/08/esteban-emilio-mosonyi-en-materia.html>.

Y eso sigue siendo vigente, porque, si te rechazan, perdiste tu tiempo y, si te aceptan, todos los mensajes habrán provocado una pérdida en la cultura indígena. En conclusión, el discurso político, cuando hay que llevarlo, basta con un fragmento de lo que debe ser una transformación concertada con la comunidad en algún aspecto de lo que es no tanto “la cultura”, si no la coyuntura en la que se encuentran históricamente estas poblaciones.

En los años setenta empezó una práctica, tanto académica como política, incluso de trabajo, porque nos invitaban como antropólogos a asesorar ciertos programas, etc. De mi parte, cuando el programa me gustaba entonces acudía y, cuando no me gustaba, me metía por curiosidad para ver, saber qué podía sentir allí; esta es una manera y una figura de “contrapoder”. En realidad muchos funcionarios, los más despiertos, inteligentes y patriotas, se convierten al “contrapoder”. Por ejemplo, el mensaje de izquierda de la Misión Guaicaipuro para los pueblos indígenas no me gustó porque no consideraba en absoluto sus maneras de vivir y sus diferencias; sin embargo, hay antropólogos cuya mentalidad está atrapada en ese discurso. Eso sucedió también con camaradas de la izquierda cristiana de los años setenta y, por ese mismo dogmatismo, la Reforma Agraria fracasó.

Volviendo entonces a las coyunturas políticas, pienso que es necesario aprovechar tales aperturas para llevar la cuestión indígena hacia el cumplimiento político. Esta es una labor en la cual los colegas del norte no se sienten involucrados. Y aún cuando algunos afirman apoyar nuestra causa, nuestra lucha o ser simpatizantes progresistas, en realidad no pueden contribuir al ser ciudadanos de otro país.

Han sido décadas y décadas de aprendizaje durante las cuales mantuve claridad en lo que quería hacer, incluso antes de la ruptura de esos años noven-



ta. Verán, creo que todos nosotros recordamos que la década de los ochenta a los noventa fue vergonzosa debido a la terrible austeridad impuesta por la economía neoliberal. Sin embargo, en la última década del siglo XX hubo una resurrección del espíritu que dio paso a la instauración de gobiernos progresistas, entre otros, el de Hugo Chávez. Tuvimos que agregar experiencias, alegar unas a otras y también pasar de la teoría a la práctica y de la práctica a la teoría, eso fue interesantísimo. Siempre llevando adelante un pensamiento poli-dialéctico porque la dialéctica tradicional tomaba en cuenta solamente dos extremos, mientras que el pensamiento poli-dialéctico analiza muchos factores agrupándolos por contrastes. Digamos que la tesis y la síntesis también ocurren en esa complejidad...



Justamente a propósito de todo esto preparo una nueva línea de investigación que he llamado “contrapoder”. Creo que el mejor de los gobiernos revolucionarios merece que haya en el poder una fuerza de contrapoder porque en ningún sistema es posible una participación total y cerrada. Puede hacerse referéndum de opinión, puede haber organizaciones populares actuando en conjunto, etc., pero a menos que el pueblo y la misma ciudadanía se convierta en contrapoder, es bastante difícil corregir las fallas y los abusos hasta de los mejores gobiernos. Estoy escribiendo una ponencia sobre el contrapoder para mis hermanos, los palabreros wayuu, quizás sean ellos semilla de poder que se convierta en contrapoder. A eso es a lo que me dedico ahora, lo estoy anunciando y lo voy a compartir cuando haya resultados concretos, tengo algunos ya, pero los estoy madurando poco a poco.

Usted comienza a ejercer su profesión en la Venezuela de los años sesenta como egresado de la Escuela de Sociología y Antropología Cultural de la Universidad

Central de Venezuela. ¿La antropología en Venezuela ha cambiado en la producción de teoría, las metodologías de investigación, el campo laboral, las temáticas y la financiación de una investigación?

Primero tengo que decir que admiro a la antropología independiente de su inflexión teórica y de su característica geopolítica, o incluso académica. Independientemente de eso admiro el desempeño, la cantidad de buenos antropólogos y antropólogas que hemos tenido. Si hiciéramos un arqueo de todas las tesis, de todos los trabajos que se han hecho, de todos los antropólogos de estos años, realmente tendríamos una riqueza inmensa. Pero precisamente para ese tipo de proyectos no hay ni convocatorias ni financiamientos.

En segundo lugar, aprovecho la ocasión para asentar mi crítica a “los concursos” en general. Los concursos que se hacen para la contratación de un antropólogo consisten en aceptar un trabajo y rechazar veinte, además de que te hacen perder tiempo. Veamos, a lo mejor se presentaron veinte personas y ganaron sólo dos, quizás esos dieciocho estén por debajo pero no necesariamente. Entre esos dieciocho habrá trabajos que, si bien no ganaron, también contribuyeron con el desarrollo de la temática escogida pero no se tienen en cuenta. Son descartados porque apenas hay dinero para pagar al llamado, entonces eso también tiene problemas.

Por eso invito a las antropologías del sur a escarbar, llamando, invitando a todos los colegas y a los futuros colegas para que, por favor, indagemos cuántas tesis hemos presentado, cuántos trabajos en instituciones oficiales, porque, incluso, aunque algunos de esos trabajos puedan ser defectuosos metodológica y teóricamente, de todos modos contribuyen aunque sea errando. Errando también aprendemos.



Yo convocaría a la creación de un gran Centro de Documentación para saber qué es lo que producimos, entre bueno, malo y mediocre... porque es cuantitativamente asombroso y no lo sabemos. También habría que modificar el tipo de convocatoria. Creo que deberíamos invertir el procedimiento, porque tal como funciona es más de forma. Digamos que nos convocan para recibir una especie de donación, para hacer parte de un gran gesto de generosidad: por favor, aplique, etc., pero lo que pasa es que la gente no tiene mayor tiempo, es distraída, tímida y elige no ir. Creo que deberíamos buscar, así como hacía Diógenes en la antigüedad: Diógenes, llamado “el cínico”, buscó a un hombre en particular.

Esto es lo que debemos ser nosotros mismos quienes buscamos a los que han trabajado, investigado, etc., en lugar de esperar a que los investigadores antropólogos se presenten. Porque muchas veces son gente tímida, que nunca va a querer mostrar lo que hace. Es una tarea nuestra.

De mi parte admiro esos trabajos, incluso los errores de aquellos que trabajaron con teorías coloniales... porque es posible que alguien trabaje con una teoría dogmática pero produzca una descripción buena de una realidad que antes se desconocía. Puede suceder que estudias académicamente, de forma convincente, un idioma sin que apliques necesariamente los últimos instrumentos teórico-metodológicos. No siempre una cosa depende de la otra, ¿no?

Creo que todo eso debemos subsanarlo y llegar a un conocimiento profundo, no solamente de la realidad, sino también de lo que se ha hecho bien o mal sobre esa realidad, especialmente lo que hacen nuestros colegas de antropología, maestros y también los estudiantes. He tenido bastante experiencia en esto, he sido director de doctorado y profesor por muchos años. También trabajé en instituciones, así es que más o menos tengo una noción de lo que



es la continuidad, el promedio de esos trabajos. Pero no basta con tener una aproximación así subjetiva solamente, eso tendría que estudiarse a fondo y con los métodos adecuados.

Cada uno de esos trabajos influyó profundamente en mi propia formación profesional: fue así que cambié mi punto de vista epistemológico para acercarme más a una metodología. Primero, yo creo que uno desafía la teoría y de allí se desprenden metodologías que permiten investigaciones que contribuyen a nuestra descolonización. Porque antropologías del sur sería sinónimo de descolonización también.

En cuanto a la historia de la antropología en Venezuela, desde mi experiencia considero que la inmensa producción cuantitativa deviene cualitativa con base en las limitaciones teórico-metodológicas que prevalecen en esa época. Por muchos años lo que predominaba era el funcionalismo, todavía lo que sigue funcionando básicamente es el funcionalismo, la mayor parte de los trabajos que producen nuestros colegas en general están en esta corriente. Digamos que los Consejos de Desarrollo, los jurados doctorales, los profesores cuando te piden un trabajo lo primero que examinan es cómo se cumplen los preceptos teórico-metodológicos del funcionalismo. Y en alguna ocasión el marxismo, pero menos. O sea, que ya te limitan de antemano. Y todavía ese estructuralismo realmente no se ha modificado, por lo menos en la parte bibliográfica y de antecedentes. Por ejemplo, en la tesis doctoral, si tienes una tesis de 250 páginas, 230 son de antecedentes y treinta de contribución. Entonces, claro, predomina el funcionalismo con positivismo. Lamentablemente los aportes se reducen, porque las condiciones en las que se preparan usualmente las tesis e incluso un trabajo de investigación tienen una estructura en común: una parte historicista –digamos que la historia y antecedentes del problema de



investigación– que va a ocupar la mayor parte del cuerpo de esa tesis, mientras que la información nueva se reduce a un 10% o 20%.

De otra parte, acabo de decir que admiro la producción cualitativa y cuantitativa también, porque a pesar de esas limitaciones o restricciones teórico-metodológicas aparecen contribuciones en cuanto al conocimiento del país y de sus problemáticas, del campo y la ciudad, de las clases sociales, de las identidades, las culturas regionales, etc. Todo eso que ya hemos conocido a través de trabajos previos con todas las restricciones del positivismo y con todas las restricciones de Venezuela, son por tanto de admiración. Porque a pesar de esas dificultades se ha podido llegar a niveles de producción interesantísimos.



Usted sitúa al antropólogo del sur en una territorialidad específica... con un compromiso auténtico y autónomo.⁶ En su experiencia, ¿cómo ha sido posible llevar a cabo esta responsabilidad política?

Justamente, lo territorial tiene que ver con la razón que mencioné de haberme quedado, de no preocuparme tanto por hacer estudios fuera del país. Aunque por supuesto, asistí a una cantidad de eventos internacionales, por lo menos ni mi formación profesional de pregrado ni la de posgrado obedecen a alguna formación en un país extranjero, sea europeo o norteamericano. Precisamente una de las razones es mi grado de consciencia de lo que es el territorio

⁶ Nos referimos a “La nueva antropología del sur en el contexto de la actual. Situación nacional y mundial, con atención especial a nuestra sociodiversidad y lingodiversidad,” conferencia central que diera el profesor Esteban Emilio Mosonyi, durante el *Primer Congreso Internacional de las Antropologías del Sur 2016*, en la ciudad de Mérida, Venezuela, octubre de 2016. Cfr. Jacqueline Clarac de Briceño, Esteban Krotz, Esteban Mosonyi, Nelly García Gavidia y Eduardo Restrepo, *Antropologías del Sur. Cinco Miradas* (Mérida, Venezuela: Red de Antropologías del Sur, 2017), 60.

de Venezuela tan variado, con sus llanos, sus montañas, la selva amazónica, incluso la diferencia que hay entre Bolívar y Amazonas... Todo eso se hubiera perdido si yo hubiese intentado profundizar estudios más allá de la frontera, porque allá se estudian otras realidades o bien la parte teórica con la pretensión de completar un saber universal.

He manifestado en otras intervenciones que para mí la geopolítica más bien debería ser eco-política, eso es lo que he aprendido, entre otras cosas, porque la geopolítica tiene que ver con la ocupación de territorios, militarización, las potencias que aprovechan los recursos de una cierta región, de un país, de un continente, etc. Mientras que la eco-política ve las diferencias ambientales, de vegetación, las culturas que se forman de acuerdo con el ambiente que prevalece en cada una de estas regiones y zonas del país; las aguas; la famosa riqueza del ozono, por ejemplo... A mí me desagrade mucho cuando en algunas propagandas oficialistas dicen que Venezuela es un país rico en fuentes hídricas, pero al mismo tiempo está sucediendo la explotación del arco minero del Orinoco. Díganme, entonces, ¿qué es lo que usted prefiere: el ozono, el agua o el arco minero? Pero no pueden reunir en una sola oración tesis tan contradictorias, Venezuela es un país rico en agua, en oro, en coltán, etc., pero con la extracción del oro y del coltán estamos de alguna manera infectando los ríos. Porque están trabajando la minería con cianuro o con mercurio, etc. Imagínense. Hablando de la realidad geopolítica, la desterritorialización que estamos viviendo en el país, uno de los hechos que más me duele y que ha influido marcadamente en la politización de mi experiencia, es la urgencia de mayor activismo político en estos últimos años.

Eso podría ocurrir bajo cualquier gobierno pero lamentablemente en este momento, entregar, por ejemplo, lo que de forma más inadecuada y fal-



sa llaman “el arco minero” realmente significa la entrega. Lo que en adelante rige en las “mesas territoriales” es el contrato que se firmó con determinados países, compañías transnacionales o pertenecientes a un país o a un grupo de países. Con esto realmente estamos desterritorializando el país: en el Zulia, en Perijá; en el oriente es igual, en Sucre; en la frontera con Trinidad-Tobago. Prácticamente estamos entregando gratuitamente todo el proceso adelantado con la reclamación de Guyana-Esequibo. Ahora hasta los guyaneses tienen el tupé de decir que nosotros estamos molestando a Guyana porque no permitimos que explote los recursos minerales que tienen allí.

Así es que como antropólogo, una de mis luchas está, sobre todo, en los grupos de referencia que se ocupan del arco minero y de semejantes proyectos extractivistas restaurados en la actualidad.

De otra parte, tampoco estoy de acuerdo con una territorialización fundamentada en una posición dogmática. Me refiero al discurso del oficialismo sobre las ciudades diciendo que se deberían fundar ciudades en el campo. Entonces me digo: pero si estamos perdiendo todo rasgo de ruralidad, de agricultura, ¿por qué urbanizar más y por qué piensan solamente en poblar las ciudades y en dejar sólo el campo? La respuesta que dan es: porque los servicios urbanos están en las ciudades, pero pensemos que por instalar un servicio urbano estamos perdiendo un país, desocupando una cantidad de zonas que perfectamente podrían atraer la agricultura, la agroindustria, el turismo, etc. Tampoco estoy de acuerdo con el llamado “turismo social” de cinco estrellas con la justificación de que puede producir muchísimos más recursos que el petróleo o cualquier otro tipo de extractivismo, del gas, coltán... Por eso hago énfasis en lo territorial, porque es de suma importancia y lo estamos perdiendo porque los gobiernos piensan a corto plazo. Los gobiernos, los presidentes,



buscan afianzar sus poderes, repetirse y preservar el poder sin importar el costo.

Todo esto constituye una forma muy rápida de ajustar los problemas de autofinanciamiento, y la vía más expedita es trabajar con las transnacionales: perder territorio a cambio de una explotación minera, extractiva, que ni siquiera cumple con ciertos requisitos ni con la obligación de proveer de recursos al Estado y al gobierno de turno.

Realmente es muy bueno que me hayan preguntado esto porque una de las inmensas tareas nuestras sería la re-territorialización del país, lo que implica cambiar la geo-política por una eco-política que evite que sigamos perdiendo miserablemente territorio: el arco minero, Perijá, el Esequibo... la costa de Falcón, Apure, Delta Amacuro, Sucre, Anzoátegui... En este último estado ocurre que ya no tenemos la agricultura kariña y campesina articulada a la economía regional. Lo que quiero decir es que Anzoátegui no es solamente petrolero, es "el estado petróleo". Como dicen los kariña: ¡se ha convertido en un lodazal petrolero!

Allá en el Amazonas la población yekuana se está suicidando como nunca antes. Esa es otra forma de genocidio, de etnocidio. Y como está la situación, lamentablemente, eso ocurriría en cualquier gobierno... pero resulta que no ha habido ninguna excepción. En Amazonas no se trata siquiera de la existencia de varias izquierdas sino de varias derechas. No veo izquierdas por ningún lado...

Muy agradecido por esta pregunta, realmente lo geopolítico es una tarea primordial: la re-territorialización: ¡¡salvar lo que queda de Venezuela!!, porque yo la veo despedazada. Se abunda en una Venezuela invertebrada, estamos en eso.





Pienso que nuestros colegas del norte deberían estar agradecidos de que los estamos liberando de un marasmo, en lo personal me asfixian algunas experiencias posmodernas norteamericanas, británicas, etc. Lo que observo es un cambio «octogenario», una mezcla entre antropología con filosofía, antropología con literatura, antropología con derecho, pero no veo mayor esfuerzo más allá de cierto escarceo intelectual o intelectualoide. No veo mayor cambio entre los temas de fondo y los males que verdaderamente nos aquejan. Mucho más ahora cuando el planeta está prácticamente moribundo y tenemos que luchar por nuestra propia sobrevivencia, la de nuestros países y la del planeta.

Foto: Esteban Emilio Mosonyi, del canal YouTube Registro Nacional Voz de los Creadores:
<https://www.youtube.com/watch?v=X7uiCzoodpQ>.

En su manera de hacer antropología, ¿en qué forma se entrelazan práctica y teoría? Pensando en las antropologías del sur, ¿en qué forma establece la relación entre etnografía y etnología en la producción de conocimiento?

Bueno, justamente, otra cosa que he aprendido es que la diferencia entre ambas es válida en un nivel estrictamente epistemológico. En la conformación del conocimiento no ocurre así, porque tienes que considerar que participan varios códigos culturales, indígenas, campesinos, etc. Este proceso de creación de conocimiento, esta epistemología tiene mucho que ver con la etnocencia. Después del trabajo en campo, regresas con una visión teórica distinta de la que tenías al principio, antes de la investigación en campo. Entonces, si tú estableces una forma rígida con una serie de compartimientos, a lo mejor eso empobrece la investigación, yo creo que es mejor hacer un cronograma. La etnografía indudablemente cambia la etnología, pero también se revierte, se retroalimentan.

Pienso que en las antropologías del sur puede darse una flexibilización epistemológica. ¿Qué quiere decir esto? No se trata de descuidar ni de hacer piratería, tampoco se puede ignorar lo que otros han dicho porque solamente lo que tú dices vale. Se trata de mantener la disciplina y la racionalidad. Aunque en realidad el término “racionalidad” es muy amplio, porque hay varios tipos de racionalidad... De otra parte, aunque esas divisiones son válidas epistemológicamente a la hora de pensar en el quehacer antropológico como una totalidad, esa distancia merece transformarse en aspectos diferenciados que confluyen; de alguna manera se complementan, ya que es necesario que cada una de esas partes esté bajo el influjo de la otra.

Otra cuestión es que la antropología se puede nutrir con el diálogo interdisciplinar, no estar encerrada en sí misma y más bien estar dispuesta a



diálogo con otras ciencias, con la medicina, con la ingeniería, etc. Por ejemplo, la lingüística puede dialogar con la etnografía. Conozco a lingüistas que no son buenos etnógrafos y eso va en desmérito de la etnolingüística. Al no haber un diálogo o dialéctica entre las ramas de la antropología y con las otras ciencias, tampoco estas se van a interesar por dialogar con la antropología.

Entonces, en el sur, sin restarle especificidad a nuestros saberes en el sur, digamos, por ejemplo, que podría estudiar el idioma Kariña sin examinar sus tiempos verbales o sus elementos estructurales como lengua gramatical, de tal forma podría salir de los límites de la lingüística y hacer pura etnografía kariña. Pero no se trata de eso, cuando reconozco una cadena gramatical inmediatamente me llama la atención la coincidencia entre la problemática estudiada a través del lenguaje y las temáticas de etnógrafos, etnólogos o de algún otro científico.

De otra parte, estoy consciente de que no es posible hacer aportes a todo, a los conocimientos, ni mucho menos encontrar la solución necesaria para la digna supervivencia de un grupo humano o para el fortalecimiento de sus características culturales dentro de una imagen utópica de país que algunos de nosotros compartimos, tampoco puedo salvar al planeta de la crisis ecológica y ambiental. Sin embargo, creo que la antropología junto con los pueblos tradicionales podemos aportar mucho más que otros. Por eso, no podemos apartarnos en recámaras, una separada de otra, restringidas una de la otra, o demasiado limitadas. Ese sería mi mensaje: la necesidad de ver el conocimiento no solamente con una visión holística, sino con mucha visión de futuro, con mucha visión de la responsabilidad. Porque los antropólogos y las antropólogas podemos hacerlo, después de tantos años de experiencia contamos con todo el instrumental necesario, entonces ¡hay que ponerlo en acción!



En la conferencia central que ofreció durante el Primer Congreso Internacional de Antropologías del Sur 2016, que se dio en la ciudad de Mérida, usted habló de la antropología del sur como “producto de reflexiones y actuaciones milenarias”. ¿Quiénes serían actores sociales milenarios involucrados en esa economía del conocimiento antropológico? ¿En qué forma ha resistido su memoria colectiva hasta nuestros días como parte de los “mundos posibles que están en plena gestación”?

Una parte de ese conocimiento milenario procede de los pueblos indígenas que son numerosos y que desde el punto de vista holístico han dado aportes plenos a nuestro presente, más allá de lo que son limitaciones del tiempo pasado y como una experiencia con miras al futuro para terminar de conformar(nos) como países y como nuevas realidades. Esta condición, no solo justifica, sino que obliga a adentrarnos en sus realidades. En nuestra generación, esto se definió en el momento en que reforzamos la etnociencia en el año 2010, la profesora Jacqueline Clarac estuvo muy pendiente de eso. La etnociencia ha producido resultados increíbles y eso lo hicimos realidad como “antropólogos del sur” porque trabajando en el norte nunca hubiéramos tomado esta iniciativa, ni completado estos estudios, ni llegado a ningún resultado de esas características.

Ese conocimiento milenario comprende igualmente a los pueblos africanos. Pero el tiempo de las culturas africanas esclavizadas y traídas al continente americano viene a ser el mismo del europeo: casi sincrónicamente llegaron el europeo y el africano, unos como esclavizados y otros como conquistadores. Además, no hay que olvidar que cuando los pueblos africanos traían consigo la cultura milenaria existente en sus países de origen, la esclavitud destruyó por lo menos una parte de esa contribución africana mientras que otra fue trans-



formada, transfigurada y adaptada por el afrodescendiente a las condiciones americanas.

Otra parte de ese conocimiento milenario procede del mestizaje. La realidad criolla-mestiza es una mezcla de las culturas indígenas, afrodescendientes y europeas, por ello no concibo que se pueda desprender esa mezcla de sus orígenes dejando casi en la penumbra lo que fueron las culturas originarias, ocupando entonces “el mestizaje” todo el espectro cultural, como ha sido en el pensamiento de muchos. Para una muestra de ello ver los casos típicos de Arturo Uslar Pietri o de Mariano Picón Salas.

De manera que en el aporte español-ibérico agregaría la contribución de la población de las islas Canarias. Sabemos que el español también trajo consigo una cultura milenaria que viene de sus raíces hispano-árabes, hispano-beber, hispano-fenicias. Realmente todos los pueblos tienen raíces mestizas, una raigambre milenaria.

Pero entre nosotros se puso de moda preocuparnos solamente por dos salidas extremas: por un lado ocupándonos solamente de la parte blanca (europea y norteamericana), olvidando todo lo demás, incluyendo los efectos del mestizaje. En el otro extremo, centrándonos en el mestizaje como tal, pero dejando aparentemente atrás las raíces para hacer converger como producto de la mescolanza. Incluso se dice con cierto desparpajo: “la mezcolanza, vos sabéis, la mezcla”, sí, pero esa mezcla no se produjo sola, tiene sus raíces que también sobreviven entre nosotros.

Es por eso que me interesa tanto llevar al diálogo la interculturalidad que está presente al interior del mundo criollo. Por eso es que pedimos a los niños criollos que canten el himno nacional en yavitero. El niño criollo no debe conformarse con que le digan “eres mestizo” o aquella vieja frase “somos producto



de las tres razas”. Hoy en día, no se trata solamente de tres raíces culturales, también está la influencia de China, a pesar de que es una cultura milenaria, a sus migrantes se les llama de forma despectiva “culíes”. De forma que si antes había una dependencia directa de Estados Unidos, que era enfermiza, patológica, ahora entró en moda la dependencia pro-China que nos lleva a imitarlos.

Cualquier genealogía que tengamos la intención de reconstruir, nunca estará completa; las genealogías interculturales no terminan con una derrota, una guerra de independencia, o el mestizaje. La invención del “mestizaje” tuvo como efecto la negación de las raíces culturales milenarias para dar paso a una realidad que nada tenía que ver con su pasado. Realmente, nuestras raíces culturales han sido deformadas de manera enfermiza.

Por eso también me interesó la Colonia Tovar,⁷ porque allí encontré otras raíces europeas, más contemporáneas. El alemán que se habla en la Colonia Tovar no es el alemán moderno, sino “alemánico”, un dialecto que coincide con el que se habla en Alsacia, en Suiza, en la parte más occidental de Austria. Para mí este “alemánico” de la Colonia Tovar era una lengua distinta; la variante que hablan allí es más arcaica que la europea, han conservado muchas palabras, etc.

⁷ En 1840 el presidente José Antonio Páez ordena modificar las leyes de migración del país con el fin de repoblar los campos que habían sido abandonados por las guerras de independencia nacional. El geógrafo italiano Agustín Codazzi fue comisionado para ubicar los terrenos adecuados para el asentamiento de los inmigrantes. Para este propósito las tierras en Palmar del Tuy fueron donadas por Manuel Felipe Tovar. Junto con el cartógrafo de origen alemán Alejandro Benitz, Codazzi adelantó las gestiones para traer a Venezuela a un grupo formado por 389 alemanes (239 hombres y 150 mujeres) provenientes de la región de Kaiserstuhl, al suroeste de Alemania. Tras un largo trayecto de viaje, en 1843 fundaron en las tierras fértiles de Palmar del Tuy el asentamiento que hoy en día se conoce como la Colonia Tovar.



Entonces, decimos que es posible reconstruir muchas genealogías en lugar de una, que no hay un mestizaje sino muchos mestizajes, porque el mestizaje de Trujillo no es igual al de Mérida, o al de Sucre, al de Anzoátegui o al del centro del país.

Adentrándonos en ese entramado social, ¿en qué forma cree usted que las jerarquizaciones dominantes entre las clases sociales inciden en la producción del conocimiento antropológico? ¿Cómo se reflejan las relaciones de poder entre científicos sociales del norte y científicos sociales del sur? ¿Considera posible crear relaciones sociales horizontales en la producción transnacional del conocimiento antropológico?



Voy a invertir un poco el orden y a empezar con la última inquietud. Yo creo que nuestro objetivo es llegar a mantener una relación intercultural horizontal con los colegas del norte. Para eso es necesario atravesar una serie de etapas que exigen reforzar nuestra actividad y desprendernos de lo que ha sido la hegemonía de la antropología, de la ciencia en general y de las epistemologías del norte. Sobre todo de la epistemología neoliberal en su vertiente más abstracta, hasta la marxista. Debemos liberarnos de los paradigmas impuestos como realidad.

En cuanto a las clases sociales, una persona no-indígena de clase media o de cualquier otra clase, desde su nacimiento y formación escolarizada está limitada en su comprensión de una cultura indígena, incluso de una cultura campesina. Sin embargo, la comunicación entre distintos tipos, vertientes y grupos humanos es absolutamente necesaria. También es cierto que muchas veces una persona de afuera puede percibir una cantidad de detalles que, para los que comparten esa cultura que se está estudiando, es parte de su identidad,

de su día a día, de su cotidianidad y, por ende, no les resulta interesantes ni llamativos. Un grupo puede tener una gran riqueza en la religiosidad, pero al ser una práctica común de todos los días la realiza sin buscar el sentido de cada acto. Hace falta entonces que esa práctica se ilumine desde otras realidades. Aunque no olvidemos que básicamente la persona que está mejor capacitada, tanto en el tiempo como en la formación, es quien participa en esa cultura; si se trata de una coyuntura, será la persona doliente la persona que está viviendo esa experiencia.

Si los antropólogos del norte recapacitan, más bien deberían estar agradecidos de que estamos dispuestos a hacer ese auto-estudio que ni ellos viviendo diez años en nuestros países lo pudieron hacer, no tenían ni el tiempo, ni la formación, ni los recursos, etc. En mi propio caso, como clase media me costó bastante mi primer acercamiento a las culturas indígenas y, en general, afrodescendientes, parcialmente no-occidentales o no-occidentales.

Mi primer acercamiento fue a partir de una curiosidad que podemos llamarla folklórica. Comenzó por ahí, pero, como saben, uno puede trascender esas distancias sin perder el sujeto de estudio que sigue siendo su realidad social. Si se compenetra con esa realidad social entonces es posible desprenderse de las limitaciones ideológicas. Como seres humanos estamos dotados de cierta flexibilidad e inteligencia que nos permite adaptarnos a nuevas situaciones.

Con el pueblo Wayuu me sucedió que, aún cuando me acerqué para conocer su cultura, la iniciativa de integrarme a uno de sus grandes clanes partió de ellos, y de mi parte acepté por razones sentimentales. Sé que con veinte a treinta generaciones de existencia <ser wayuu> tiene ciertas ventajas, en contraste con un neófito, pero aún así, ese gesto me permite demostrar que es posible un acercamiento mucho más grande, mucho más profundo que el simple acto de



completar un estudio situado a partir de determinada clase social, teniendo en cuenta que esa posición obliga a mantener las limitaciones y restricciones que marcan tu formación en esa clase social.

Yo no me conformé con seguir siendo un ciudadano de clase media, sino que traté de romper esos límites, no sé hasta dónde lo logré. En parte lo logré, porque han ocurrido buenos resultados. Indudablemente, y creo que de alguna manera eso hizo avanzar mi producción, también me permitió hacer una mayor contribución a lo que es la antropología en general y sobre todo a las antropologías del sur.

Nuestro objetivo es alcanzar una independencia, pero con cuidado; una autonomía al interior de una visión, de una realidad holística que abarca todo el planeta. Es decir, que nos une la condición humana, somos seres humanos que como pueblos del mundo esperamos que los demás sean fraternales. Mejor que nadie lo sabe que somos parte de una formación europea también, no podemos negar ese vínculo, realmente sería criminal. Sobre todo cuando todos nos necesitamos, todos hacemos falta para cuidar el planeta, con nuestros defectos.



En 19788 usted reconocía la despersonalización causada por el europocentrismo, la discriminación, la inferiorización derivadas de las ideologías dominantes a partir del “descubrimiento”, la conquista y el colonialismo, la dependencia económica y cultural, la estructura de clases en nuestra formación socio-cultural venezolana y latinoamericana. ¿Cómo entrelaza ese pensamiento crítico de entonces con las palabras que dedicó en 2016 a la emancipación de las antropolo-

⁸ Cfr. Esteban Mosonyi, *Identidad nacional y culturas populares* (Caracas, Venezuela: Editorial La Enseñanza Viva, 1978).

gías del sur con respecto a la estructura global de producción del conocimiento antropológico, lo cito: “En el sur no dependemos –como antropólogos ni como ciudadanos ni como seres humanos– no dependemos de nadie ni estamos supeditados a ningún centro dispensador del conocimiento científico presuntamente de más alta jerarquía, valemos tanto aún siendo diferentes, o precisamente por ser diferentes, y estamos en pie de igualdad con colegas del muy mal llamado primer mundo. Nuestras teorías y prácticas, sin dejar de incorporar crítica y creativamente toda esa rica herencia antropológica y extra-antropológica que es mundial y viene de lo más profundo de los tiempos, brotan no obstante de nosotros mismos y se elaboran en nuestro propio ambiente”⁹

Sí, lo más lamentable de todo es que eso continúa siendo el problema enorme que muchos de nosotros tenemos, incluyendo la mayoría de los proyectos de este gobierno y de cualquiera que venga: son gobiernos eurocéntricos o chino-céntricos. Por ejemplo, los chinos hicieron un llamado para estudiar el Amazonas, no solamente los Estados Unidos hace esto, ¡ese tipo de cosas! Como construir apartamentos turcos o edificios persas, realmente es otra dependencia. En realidad el uso del término “multipolar” solamente revela esa voluntad, el querer depender. Los presidentes llamados “progresistas” abogan porque termine el mundo unipolar y bipolar pero están pidiendo un mundo multipolar, esto nos lleva a continuar con la existencia de polos de poder centralizados y la consecuente aclamación de la dependencia “multipolar”.

En la ciudad capital, en Caracas, esto tendrá sus implicaciones porque ahora no solamente viene la explotación del arco minero del Orinoco con China, India, países europeos. Realmente mientras haya dependencia y centros de poder, mientras eso no se equilibre, el problema va a seguir. ¡Por eso estoy

⁹ Esteban Mosonyi, “La nueva antropología del sur...”, 60-61.



estudiando las formas de “contrapoder!”, ¿en qué forma hacemos todos “poder” y “contrapoder”? Hablo de todos nosotros, incluyendo Trinidad y Tobago, Curazao, Aruba, Andorra, etc. Como decía Wittgenstein: mientras no haya igualitarismo entre los países, entre los territorios y las distintas zonas del planeta, no podemos confiar en que los mínimos problemas de desigualdad, de inseguridad, de posibles conflictos bélicos, de males ambientales como el recalentamiento global, no podremos aspirar a que todo ello termine o que llegue a un fin para dar paso a una situación de supervivencia digna, tanto del ser humano como de los otros seres del planeta. Mientras eso no se logre realmente muy poco habremos hecho.



A mí me decepciona profundamente que los objetivos de un gobierno llamado “progresista” sean tan limitados o restringidos a lo inmediato, tan de corto plazo y tan distantes de lo que son los reales problemas del planeta que debemos enfrentar solamente para “sobrevivir”. No llegar incluso a pensar en lograr una vida aceptable, digna, con calidad de vida en todos los países, igualdad entre las culturas, etc.

Considero que como antropólogos debemos ser modestos en nuestra capacidad, no es que vamos a resolverlo todo, en lo cuantitativo como en lo cualitativo.

Después de haber militado como antropólogo creo que en las profundidades de la antropología nace una vida política. Creo haber logrado ciertos resultados pienso que nuestras tareas y nuestras posibilidades son mucho mayores de lo que nos imaginamos en este momento. Para ello es necesario superar los escollos que para este momento son de carácter circunstancial, económico, debido también al no-reconocimiento de los organismos que se ocupan de las grandes decisiones, de nuestras significaciones y desempeño.

En días pasados asistimos a un trabajo dedicado a la revitalización del idioma yavitero, una cultura amazónica que prácticamente no tiene representantes, una lengua extinta de una cultura valiosísima porque tiene que ver con los petroglifos, la agricultura riverense y selvática de Río Negro. Ahora se está constituyendo la etnia yavitero formada por población mestiza no-hablante que, sin embargo, cuenta con una gramática de su lengua yavitero que elaboró mi hermano Jorge Mosonyi. A través de esa gramática estamos revitalizando el habla del idioma yavitero, tenemos grupos que se están convirtiendo primero en semi-hablantes y después en hablantes, estamos construyendo textos y completándolos con una cantidad de referencias culturales que tienen que ver con los yavitero y con los pueblos que los circundan, que también son arawak, como los baniwa, los baré, los kurripako, etc.

Esta revitalización de una lengua extinta es un trabajo que hacemos de forma integral. En otros países donde se emprenden procesos de revitalización lingüística como este, no se hace tanto énfasis en la identidad que se configura alrededor de esa lengua, del pueblo yavitero, de sus vecinos, de los arawak o en el uso poético y mitológico del idioma más allá de la sintaxis gramatical; tampoco en la reconstrucción de textos. Sabemos que cada uno de esos resultados incide en la vida cotidiana de esos pueblos, es la primera vez que se está haciendo de una forma tan integral y es así, gracias a que soy un antropólogo del sur.

Para mostrar la contribución que hacemos a la nueva literatura yavitero, vamos a leer el fragmento de un poema... En la reunión en la que estuvimos con indígenas, amigos y colegas fue cantado el himno nacional en yavitero, eso también lo construimos nosotros:

*Todo empieza a crecer y es tan hermoso,
Uno cuenta los días, mientras la luna cambia y el sol calienta*



*Todo comienza a crecer desde que lo plantas,
Desde que lo tienes en las manos y lo acaricias
Todo se inicia contigo que eres Tierra.*

Hemos logrado hacer este trabajo a pesar de las restricciones monetarias y de la poca inclinación incluso por parte del gobierno para apoyar este tipo de iniciativas para el desarrollo cultural de los pueblos. El valor de este proyecto finalmente fue reconocido por algunos viceministros como algo formidable. Me parece que ese tipo de actividad y ese tipo de resultados no tienen nada que ver con las investigaciones antropológicas que de repente pueden venir a hacer un canadiense o un francés con una beca, etc. Nosotros estamos dispuestos a compartir estos logros y saberes con ellos, pero entonces pedimos que cuando vengan a investigar en nuestros países, que por favor nos contacten, que nos llamen para intercambiar conocimientos y experiencias. De esta forma podemos seguir creciendo todos y además salir fortalecidos de ese intercambio.

Así es como hemos entendido de forma teórica y práctica la interculturalidad: sin que haya algún tipo de supremacía o hegemonía pretendida de unas culturas sobre otras, procurando que seamos complementarios. Por eso las antropologías del sur se forjan dentro de nuestra diversidad, desde las diferencias tanto al interior de nuestra disciplina como en la realidad social de la cual emergen nuestros conocimientos, incluyendo los conocimientos milenarios indígenas, afrodescendientes, etc.

Eso es posible con una expansión etnocientífica o etnoepistemológica – para darle algún nombre– que verdaderamente esté en la raíz de toda esa búsqueda que estamos llevando adelante y que a mi entender en este momento ya está dando resultados maravillosos.



Aún así debemos estar despiertos y pendientes de todo tipo de críticas, incluso porque en las críticas mal intencionadas puede haber verdades. Una crítica no puede ser rechazada pero sí puede ser superada, en el sentido de que nos debe estimular a seguir trabajando y corrigiendo nuestros errores, sumando aportes de una manera inmediata, sin dejar pasar demasiado tiempo porque ya las condiciones de vida del país, las del planeta están llegando a condiciones casi irreversibles.

Todavía estamos a tiempo, pero si no lo hacemos con el mejor de nuestros esfuerzos y de la mejor manera posible, con la mayor entrega, las consecuencias las sufrirán las generaciones venideras. Entonces, la tarea es inmensa pero creo que la estamos realizando, por lo menos yo estoy disponible y dispuesto hasta el último momento, nunca he pensado en retirarme y abandonar mi esfuerzo. Creo que estamos en el mejor momento para hacerlo fructificar

Preparo una nueva línea de investigación que he llamado «contrapoder». Creo que el mejor de los gobiernos revolucionarios merece que haya en el poder una fuerza de contrapoder porque en ningún sistema es posible una participación total y cerrada. Puede hacerse referéndum de opinión, puede haber organizaciones populares actuando en conjunto, etc., pero a menos que el pueblo y la misma ciudadanía se convierta en contrapoder, es bastante difícil corregir las fallas y los abusos hasta de los mejores gobiernos.



INSURGENTES

Invito a las antropologías del sur a escarbar, llamando, invitando a todos los colegas y a los futuros colegas para que, por favor, indaguemos cuántas tesis hemos presentado, cuántos trabajos en instituciones oficiales, porque, incluso, aunque algunos de esos trabajos puedan ser defectuosos metodológica y teóricamente, de todos modos contribuyen aunque sea errando. Errando también aprendemos. Yo convocaría a la creación de un gran Centro de Documentación para saber qué es lo que producimos, entre bueno, malo y mediocre... porque es cuantitativamente asombroso y no lo sabemos.